

NEW LEFT REVIEW 89

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2014

ARTÍCULOS

NEIL DAVIDSON	La linde escocesa	7
CHING KWAN LEE	El espectro de una China global	32
TIMOTHY BRENNAN	Apuestas subalternas	74
NANCY ETLINGER	El paradigma de la apertura	97
ERDEM YÖRÜK Y MURAT YÜKSEL	El cálido verano de Turquía	III

CRÍTICA

EMILIE BICKERTON	Una hoguera del arte	133
JOSHUA RAHTZ	Reinventando el <i>laissez-faire</i>	145
ALEX NIVEN	El camino a Briggflatts	156

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets since the Depression*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 2012, 320 pp.

JOSHUA RAHTZ

LAS REINVENCIÓNES DEL *Laissez-Faire*

El concepto «neoliberalismo» se resiste, a pesar de su ubicuidad, a adoptar un significado consistente. Se emplea demasiado a menudo como una alternativa neutralizada del término capitalismo, pero un examen más reposado descubre también una ambigüedad real en ese referente. El término tiene dos inflexiones principales. La primera y más básica es resultado de una periodización histórica. Dentro del mundo del capitalismo avanzado, esta primera acepción del término califica a la era posterior a la economía mixta keynesiana. Entendido de esta manera, se refiere a una respuesta política que se hizo sentir en primer lugar a lo largo del mundo anglosajón tras el inicio de la recesión de la década de 1970, que se caracterizó por los ataques al sindicalismo, la desregulación de los mercados, la privatización de los activos públicos y el espectacular ascenso del sistema financiero. Sus restricciones y mandatos son ahora globales. En un segundo registro, el de las ideas, «neoliberalismo» designa los antecedentes ideológicos de este programa político. En este caso, esta denominación tiene su origen en la obra de un grupo de economistas que, a partir del periodo de entreguerras, estuvieron esperando entre bambalinas a que les llegara la oportunidad de poner en práctica sus ideas. Aunque está más que justificado que las historias del neoliberalismo subordinen la genealogía del concepto a su aparición en forma de políticas concretas, se arriesgan de esa manera a minimizar su carácter peculiar en tanto que escuela de pensamiento. Puesto que el neoliberalismo en su conjunto ha sido un fenómeno más amplio que un

mero conjunto de prescripciones políticas, aunque menos coherente que una ideología, reconstruir su desarrollo intelectual requiere una atención detallada a sus variaciones internas.

The Great Persuasion, de Angus Burgin, trata de hacer eso. Más que rastrear el momento en el que se produce el cambio desde su estado de latencia hasta su plena expresión, Burgin traza las transformaciones intelectuales del neoliberalismo como idea, cartografiando las *differentiae specifica*e de sus principales corrientes, comenzando por su génesis en el seno de lo que Burgin denomina una «comunidad transnacional de ideas», que se concentró en varias sedes: la London School of Economics, las Universidades de Friburgo y Chicago y el Institute for International Studies de Ginebra. Burgin defiende que el neoliberalismo desarrolló un arte de la persuasión con la finalidad de modificar la opinión pública desde la desconfianza hacia el mercado hasta la aceptación de este como la única base legítima de la vida social. Su enfoque incorpora tanto la perspectiva sincrónica como la diacrónica: escoge muestras representativas del mundo del pensamiento neoliberal y narra sus mutaciones, desde sus orígenes como una filosofía social del mercado en la década de 1930 hasta la eficaz red de relaciones públicas que construye en la de 1970, provocando así un torrente de propuestas políticas concretas. La «más estridente defensa del mercado de los últimos años», escribe, emergió «únicamente tras un prolongado periodo de protesta y debate».

Un relato así debería aspirar sin duda a aclarar las razones de la persistencia del neoliberalismo en tanto que *doxa* tras la implosión de su base material durante la crisis económica mundial de 2008, señalando los rasgos modulares que parecen haberle permitido una significativa vida posterior. Burgin clausura el relato de su libro con dos anuncios históricos del final del *laissez - faire*, empezando con la sonora proclamación de su inminente derrota que hace Keynes en la década de 1920 (algunos años antes, de hecho, de que el *crash* y la Gran Depresión, en palabras de Hobsbawm, «destrozara el liberalismo económico durante medio siglo») y terminando, en 2008, con el coro de voces que insistían en que «el fundamentalismo del libre mercado» se había terminado tras la quiebra de Lehman Brothers. Burgin cita a Keynes: «Un estudio de la historia de las opiniones es un paso preliminar necesario para la emancipación de la mente». En el atolladero en el que hoy nos encontramos sería bueno, sugiere, recordar que:

Las creencias de una época parecen menos sólidas cuando se colocan en un contexto que incluya su formación, degeneración y reforma [...]. Aquellos que se sitúan en contra de las opiniones que hoy prevalecen pueden consolarse con el conocimiento de que las limitaciones discursivas nunca son absolutas y que a menudo ayudan a crear las condiciones de su propio declive.

Burgin, que enseña Historia en la Universidad Johns Hopkins, no es el primer autor que dedica una monografía a la larga gestación de las políticas neoliberales en el seno de una red internacional de *think tanks*; Dieter Plehwe, Bernard Walpen, Ralf Ptak, Philip Plickert, Richard Cockett y Matthias Schmelzer, entre otros, han hecho contribuciones esenciales en este campo. Tampoco es *The Great Persuasion* el único estudio reciente que distingue las formas tempranas del neoliberalismo, con su teorización de un Estado fuerte que asegure un marco básico para una sociedad de mercado, de sus vulgarizaciones posteriores. Sin embargo, la obra, una adaptación de la tesis doctoral de Burgin de 2009, *The Return of Laissez-Faire*, insiste, en mayor medida que las otras, en esta trayectoria y nos ofrece una periodización especialmente rigurosa. Desde la década de 1930 hasta 1962, los pensadores neoliberales problematizaron las doctrinas del *laissez-faire* anteriores a 1929, buscaron un fundamento social o ético para su proyecto económico, adoptaron un enfoque intelectualmente elitista (simbolizado por la figura de Hayek) y tuvieron un impacto mínimo en el diseño de las políticas económicas. A partir de 1962 y hasta 2008 (aquí el punto de partida lo señala la publicación de la obra de Milton Friedman *Capitalism and Freedom*), el neoliberalismo proclamó abiertamente las virtudes del *laissez-faire*, abandonó la filosofía social en nombre del economicismo, adoptó un enfoque populista (simbolizado por el propio Friedman) y tuvo un impacto global en el diseño político.

Las secciones iniciales de *The Great Persuasion* nos entregan una instantánea de muy alta resolución del conjunto de pensadores que construyó la defensa del liberalismo durante la década de 1930. A continuación Burgin nos proporciona una destilación concisa de las principales corrientes del neoliberalismo de mediados del siglo XX, tomando la Sociedad Mont Pèlerin como el vector de las innovaciones principales, así como de las divisiones más esclarecedoras. Su libro nos promete una cartografía de esta tradición que englobe la literatura sociocientífica existente y las biografías intelectuales. La cuestión, escribe Burgin, es colocar a «las principales figuras en diálogo unas con otras» mediante un empleo exhaustivo de las fuentes de archivo; la correspondencia de Hayek, en particular, es una fuente muy valiosa. Lo que surge de este análisis es un retrato de grupo de media docena de economistas muy destacados, ubicados durante el periodo de entreguerras cada uno en sus sedes respectivas, trabajando a contracorriente de la socialdemocracia y el keynesianismo, que, sin embargo, no dejaban de ser profundamente conscientes de los problemas que arrastraba la tradición del *laissez-faire*.

Su historia comienza en Londres, donde, a principios de la década de 1930, Lionel Robbins se ha colocado a la vanguardia de las fuerzas que han cambiado la composición política del departamento de Economía en la LSE, que hasta el momento había sido fabiano, leyendo la coyuntura histórica a

través de las lentes de los discípulos de Carl Menger y Eugen Böhm-Bawerl en Viena. Robbins, más que ningún otro, contribuyó a presentar ante los economistas ingleses una explicación nueva de la crisis capitalista que culpaba a una política monetaria expansionista del problema del exceso de inversión en capital fijo (la fuente de la deflación) y, por lo tanto, de la transformación de lo que, de otro modo, podría haber sido una recesión normal y tolerable en una depresión mundial histórica.

Fue durante esta recuperación del *Methodenstreit* austriaco cuando Robbins reclutó para la LSE al joven Friedrich von Hayek, un prodigio surgido de los famosos seminarios privados de Ludwig von Mises. En el periodo anterior a la guerra, el departamento londinense se convirtió en un centro neurálgico internacional para todos aquellos que se oponían al keynesianismo emergente, especialmente para Frank Knight y Jacob Viner, de la Universidad de Chicago. Viner, intelectual y personalmente muy ligado a Robbins, había puesto en marcha allí, en colaboración con Knight, un programa que articulaba los principios teóricos de su oposición al New Deal de Roosevelt. Tras la publicación en 1936 de la *Teoría general*, el keynesianismo había triunfado por un amplio margen en la economía académica frente al mucho más estridente liberalismo de Mises; la labor de Viner y Knight estrechó cada vez más los lazos entre el LSE y la Universidad de Chicago.

Burgin se esmera mucho en especificar las diferencias conceptuales entre estos grupos. Aunque ambos defienden una modestia epistemológica, de donde proceden sus recomendaciones sobre el libre mercado (si tenemos en cuenta las limitaciones de la comprensión humana, solo las decisiones agregadas de consumidores individuales podrían determinar las necesidades sociales), Robbins y Hayek en la LSE eran mucho más proclives a un capitalismo desatado que sus colegas norteamericanos en Hyde Park. Según el relato de Burgin, Knight, «el más influyente de los defensores del mercado en Chicago durante los años de entreguerras», rechazaba cualquier absoluto sistémico, incluyendo las promesas de ese Estado rigurosamente limitado que proponía Hayek. Pero las preocupaciones de Knight tenían una dimensión moral tanto como epistemológica. La sociedad capitalista cría sujetos deformes; se puede mantener a sí misma «solo hasta el punto de que se componga de individuos cuyo comportamiento se aleje de las normas que ella misma incentiva». En otras palabras, el mercado era únicamente la mejor de las malas alternativas y requería una base moral extraeconómica.

El escepticismo global es también para Viner un arma de doble filo. En su defensa del mercado declaraba no ser fiel a ninguna «doctrina abstracta» y esto le permitió criticar también la concentración económica. Según Burgin, Viner, particularmente, sometía los imperativos de los mercados a la soberanía popular, pues concebía que la misión del economista era garantizar las demandas del público (incluso las demandas de controles económicos

directos) mediante respuestas políticas que funcionen. Tales formulaciones eran perfectamente aceptables para Henry Simons, un antiguo alumno de Knight procedente de Iowa, que se había integrado en el departamento de Chicago a finales de la década de 1920. Burgin contrasta esta forma de pensar con el liberalismo posterior de Chicago, cuyos partidarios, nos informa, ojeaban espantados los escritos de Simons, en los que este se posiciona en igual medida contra el poder monopolista de los grandes cárteles y contra la intromisión del Estado.

Fuera de Austria, en la Europa continental ya existían en aquel momento formaciones paralelas. Entre ellas estaba el grupo ordoliberal de Friburgo, bajo la dirección de Walter Eucken y Franz Böhm. Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow, otros dos académicos de ideas similares, procedentes de Marburgo y Berlín, huyeron a Estambul en 1933. El primero de ellos se estableció posteriormente en el William Rappard's Graduate Institute of International Studies en Ginebra, ocupando allí un puesto hasta su muerte en 1966; el segundo se quedó en Turquía hasta 1949. Tras la guerra, Eucken y Böhm fundaron la revista *Ordo*, en la que Hayek, Röpke y Rüstow figuraban como editores y colaboradores. En Francia, la figura clave para Burgin es el filósofo Louis Rougier, antiguo miembro del Círculo de Viena, que en 1937 fue nombrado director de la Librairie de Médecis, que aspiraba a «promocionar el liberalismo y combatir teorías políticas potencialmente subversivas», es decir, el marxismo. Rougier, más tarde *consigliere* de Pétain, recaló después en la New School gracias a una beca Rockefeller.

La publicación en 1937 de *Inquiry into the Principles of the Good Society*, de Walter Lippman, «produjo un seísmo» a lo largo y ancho de esta red. Rougier lo publicó en francés al año siguiente, en la editorial Librairie de Médecis, con el título de *La cité libre*. Burgin escribe que los dispares grupos de liberales de la época de la Depresión, que, hasta ese momento, operaban únicamente con una débil conciencia de la existencia de los otros y con contactos solo parciales, aprovecharon el libro de este famoso analista estadounidense como una palanca para lograr la unidad. En agosto de 1938, como paso inicial para alcanzar una coherencia ideológica formal, Rougier organizó su primera reunión internacional en París bajo el título de Colloque Walter Lippmann. La conferencia seguía el espíritu del libro de Lippmann y, acorde con la agenda política de Rougier, buscaba un renacimiento del liberalismo que pudiera orquestar una respuesta internacional a la inclinación hacia las economías planificadas en el mundo del capitalismo avanzado, a la vez que revisaba suficientemente este liberalismo para sortear los problemas del *laissez-faire*. Puso en marcha el programa de un «liberalismo constructivo» internacional. Burgin pone el acento en la opinión de Rüstow sobre la perspectiva mayoritaria en el seno del coloquio, que enfatizaba las limitaciones políticas y éticas del modelo liberal del siglo XIX:

Para rescatar el liberalismo, sería necesario encontrar una manera de reconciliar la perspectiva liberal con la necesidad humana fundamental de integración dentro de un organismo social más amplio, con vínculos de conexión más fuertes que los que proporciona la sola razón abstracta. Lippmann expresó un acuerdo implícito con Rüstow, señalando que la maximización de la utilidad era un bien social, pero no necesariamente el único estándar por el que debiera medirse el progreso, aunque Rüstow le recordó que reconocer esto suscitaba la pregunta no resuelta de qué estándar alternativo se debería aplicar. Esta visión del «liberalismo constructivo» se basaba en la aceptación de la idea de que los problemas internos del *laissez-faire* no podían abordarse meramente a través de una red de restricciones que limitaran los peores excesos del mercado. En cambio exigían el abandono del paradigma abstracto del *homo economicus* y la integración de la economía de mercado dentro de un orden social redefinido y moralmente renovado.

Estos suplementos a la lógica del mercado podían sin duda incluir un menú generoso de protecciones del bienestar social. De hecho, el núcleo de la argumentación de Burgin en *The Great Persuasion* es que este liberalismo constructivo (que en la conferencia de 1938 Rougier bautizó como neoliberalismo) era de un orden totalmente distinto al paradigma triunfante en las décadas de 1970 y 1980. Nos advierte de que «la historia de este último debe resistir la tentación de suponer sus supuestas continuidades».

Burgin no rechaza la continuidad en sí misma, sin embargo, puesto que su relato se construye a partir de los vínculos institucionales que creó la Sociedad Mont Pèlerin, la heredera directa del Coloquio Lippmann. Fundada en 1947 por Hayek, con fondos del empresario suizo Albert Hunold y con el legado de William Volker, un empresario de muebles millonario de Kansas City, la historia del grupo Mont Pèlerin proporciona el marco de las secciones centrales del libro de Burgin. Y esto tiene su sentido, puesto que en la Sociedad figuró todo el abanico de los liberales destacados de la época, desde Ludwig Erhard hasta Milton Friedman, y aún hoy sigue en activo, atrayendo a cientos de miembros a sus reuniones regionales y anuales, que se han celebrado en todos los continentes. Para Burgin, el cambio en la política interna dentro de la Sociedad Mont Pèlerin anunciaba los cambios ideológicos en el mundo del liberalismo de la posguerra. De hecho, solo hay que examinar la declaración de intenciones original de la sociedad para percibir que, en su ambigüedad, dejaba mucho campo para el desacuerdo interno, al permitir la acción del Estado cuando «no fuera perjudicial para el funcionamiento del mercado». Su misión sería proteger el mercado y esto solo podía conseguirse presentándolo como parte de una «visión del mundo atractiva».

Entre las facciones emergentes dentro de la Sociedad Mont Pèlerin, argumenta Burgin, una forma más violenta y combativa (totalmente opuesta a la atemperada filosofía social de Hayek y uniformemente hostil al bienestar social y a las encuestas científicas de largo alcance) asumió el mando en las postrimerías de lo que a veces se conoce como el asunto Hunold. En esta

historia, el fundador original de la Sociedad, preso de ataques paranoicos, se llevó con él al moderado Röpke cuando abandonó ofuscado su pertenencia a esta ante la presencia de los economistas estadounidenses de la Universidad de Chicago, liderados por un joven Milton Friedman. Aunque era un gran admirador de *The Road to Serfdom*, Friedman descartó las ambiciones sintéticas de Hayek en su búsqueda de un bombardeo publicitario, monocromáticamente centrado en encontrar respuestas políticas. Friedman no asumió formalmente la presidencia de la Sociedad Mont Pèlerin hasta 1970, pero Burgin sugiere que la publicación de *Capitalism and Freedom* en 1962 fue lo que resolvió de manera eficaz las peleas subterráneas dentro de la Sociedad en favor de una ofensiva contra cualquier forma de intervención estatal, señalando así el renacimiento del *laissez-faire* en el amanecer de lo que Burgin denomina «la era de Milton Friedman»:

De manera acumulativa, el nuevo tono polémico de Friedman anunciaba tanto el regreso a la defensa del mercado del siglo XIX como la llegada de algo completamente nuevo. En sus esfuerzos para exponer su enfoque de la economía política a la opinión pública, Friedman desarrolló la arquitectura retórica de un mundo que no se disculpaba por poner al mercado en el centro.

Este es el meollo de *The Great Persuasion*: el neoliberalismo fue, hasta finales de la década de 1950, un movimiento intelectual relativamente moderado, defensivo, abierto a una reconciliación con el Estado social. Su transformación tiene como eje la promoción de Friedman a través del escalafón de la Sociedad Mont Pèlerin. El último tercio del libro se dedica al ascenso de Friedman, desde la provinciana Nueva Jersey hasta la Universidad de Chicago, pasando por su etapa trabajando como estadístico para el Gobierno federal durante la guerra. Fascinado y politizado por el encuentro de 1947 de la Sociedad Mont Pèlerin, Friedman solo alcanzó notoriedad pública, en su calidad de consejero de Goldwater en 1964, el año posterior a la publicación de *A Monetary History of the United States*. En contraste con las meditadas reflexiones de Hayek sobre capitalismo, cultura y religión, Friedman cultivaba un descarado populismo: «Los dos grupos que más amenazan al mercado son los empresarios y los intelectuales», etcétera. A finales de la década de 1960, Friedman se embarcó en una trayectoria ostentosa, de alto perfil público (columnista de *Newsweek*, perfil publicado en *Fortune*, entrevista en *Playboy*) y, a partir de ese momento, abandonó prácticamente la actividad académica. En 1973 hacía campaña electoral junto a Ronald Reagan en California, quien «no podía resistirse al entusiasmo contagioso de Friedman». Se le colmó de honores; hacia el final de su larga vida podía graznar que, según su experiencia, adoptar posturas no populares rara vez le había supuesto pagar un gran precio.

Al constreñir su perspectiva a partir de 1962, Burgin nos presenta el neoliberalismo tardío como el espectáculo de un solo hombre. Aquí lo que

se echa en falta es cualquier concepto de mediación. ¿Por qué querrían *Newsweek*, *Fortune*, *The New York Times* y *The Wall Street Journal* publicar las opiniones de Friedman? Burgin no nos ofrece ningún análisis de la coyuntura de la década de 1970, ni se detiene a examinar las causas de la caída del crecimiento y la subida de la inflación. Fiel a su tarea de confinar el neoliberalismo friedmaniano en la extrema derecha de la política estadounidense, se zafa de explicar el nacimiento del monetarismo bajo la presidencia de Carter, con la restricción de la oferta monetaria por parte del presidente de la Reserva Federal Paul Volcker en 1979, y se limita a decir que los escritos de Friedman habían «modificado las opiniones que entonces prevalecían». En otro momento se nos dice que la victoria de Reagan en las elecciones de 1980 marca «el triunfo de las ideas de Friedman», como si el estancamiento y la caída de los ingresos reales no tuvieran nada que ver en ello.

De manera similar, la idea de Friedman de un impuesto sobre la renta negativo (en la práctica, una renta básica) se explica sencillamente como «el caballo de Troya que permitiría la disminución gradual de los beneficios del Estado del bienestar hasta que desaparecieran por completo» para beneficio de los republicanos que buscaban minar la popular burocracia del New Deal. No se discute el clima intelectual general en el que se produce esta propuesta. Para desafiar la tesis de Burgin, que toma a Friedman al pie de la letra, se podría simplemente mencionar que fue el Partido Demócrata quien emprendió la reducción más significativa del Estado del bienestar estadounidense, sin ninguna necesidad política de una renta básica simplificada compensatoria. Las limitaciones de la perspectiva de Burgin quedan igualmente en evidencia en su tratamiento de la transformación del propio Friedman, desde la corriente mayoritaria de la sociedad Mont Pèlerin hasta su margen libertario. Los cambios históricos reales desaparecen en su enfoque de vía estrecha en torno a las rivalidades profesionales dentro de la Sociedad.

Burgin habla mucho del «papel de las ideas en la historia», pero su método a menudo parece menos filológico que, sencillamente, idealista. En su relato, los economistas transmiten sus intenciones, totalmente conscientes, mediante un lenguaje cuyo sentido es evidente, diseñado para producir (y en esta historia, produciendo con éxito) el exacto efecto deseado. De esta manera, Burgin convierte las ideas en magnitudes inertes, cuya expresión variable a lo largo del tiempo y del espacio es solo resultado de su grado de dilución. El correlato necesario a esta teoría de la causalidad histórica es la fuerza determinante de las grandes personalidades que administran las dosis. Sus ideas no se distinguen cualitativamente, sino que se determinan por la proporción de dos ingredientes: Estado y mercado. Es llamativo que una historia intelectual de la economía haya producido este esquema mecánico, el tipo de esquema por el que se censura habitualmente a la historia económica misma. Lo que está ausente aquí es una evaluación de las ideas

en tanto representaciones precisas de la realidad, en este caso, de la dinámica real de la economía capitalista mundial.

La afirmación de Burgin de que los neoliberales solo alcanzaron influencia política en Estados Unidos implica una extraordinaria edulcoración de las actividades políticas del grupo. Simplemente omite mencionar el papel previo del miembro de la Sociedad Mont Pèlerin Alfred Müller-Armack en la Alemania nazi. Miembro del Partido Nacionalsocialista y autor del panfleto nazi *Staatsidee und Wirtschaftsordnung im neuen Reich* (1933), Müller-Armack fue consejero de Ludwig Erhard y ocupó un cargo en el Ministerio de Economía durante el periodo de posguerra. Tampoco menciona Burgin que Rougier, el organizador del Coloquio Lippmann, estaba financiado por el industrial Marcel Bourgeois, que apoyaba al fascista Parti Populaire Français de Jacques Doriot. La aporía es tan enorme que Burgin, en un momento dado, describe a los neoliberales como «antifascistas declarados». Cuando *The Great Persuasion* aborda el tema de los economistas de la Escuela de Chicago en Chile, es en gran medida para alabar la sensibilidad de Friedman al no aceptar una distinción académica de Pinochet. No hay ninguna mención aquí de la subversión abierta contra Allende, algo que los economistas educados en Chicago admiten abiertamente, ni de Friedman en 1982 hablando del «milagro chileno», tanto político como económico. Tampoco discute Burgin la muy documentada amistad de Hayek con el Gobierno de Pinochet y su papel a la hora de organizar la reunión regional de la Sociedad Mont Pèlerin en Viña del Mar en 1981 (una provocación deliberada, teniendo en cuenta que en esa ciudad se originó el golpe de Estado contra Allende), puesto que eso iría en contra de su *leitmotiv* de un Hayek apolítico superado por el combativo Friedman y arrojaría cierta ambigüedad sobre los compromisos políticos de ambos.

El marco de trabajo de Burgin tiene la ventaja de la sencillez y es útil para comprender las texturas básicas del grupo que compuso la Sociedad Mont Pèlerin, pero la sencillez se vuelve distorsión cuando desaparecen del mapa continentes completos. Tras relatar la ascensión de Friedman a la presidencia de la Sociedad, la promesa de una historia transnacional de las ideas queda en gran medida olvidada. No se podría culpar a un lector de *The Great Persuasion* si acabara el libro pensando que la influencia política de Wilhelm Röpke se limitó al conservadurismo estadounidense, en especial, a través de la *National Review* de William F. Buckley, aunque Röpke haya sido mentor y consejero del canciller de la República de Bonn. El que Burgin tampoco alcance a mencionar el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial en esta historia del neoliberalismo es otra consecuencia de su visión restringida. Esta conceptualización provinciana le permite, en un momento dado, referirse a Jeffrey Sachs, ideólogo de la terapia de choque aplicada a la Europa del Este, como un economista «de izquierdas».

De la misma manera, dicho enfoque provinciano centrado en Estados Unidos acentúa las líneas con las que Burgin ha dividido el neoliberalismo: la facción ortodoxa que se remite al *laissez-faire* del siglo XIX y la facción heterodoxa abierta a las posibilidades de la intervención estatal. La diferencia entre estas facciones está hipertrofiada. En su *International Order and Economic Integration*, Röpke idealizó el siglo XIX liberal, su régimen de libre comercio que el principio internacional de *pacta sunt servanda*, respaldado por el imperialismo británico, había hecho posible. Tampoco se debaten los resultados neoliberales en Europa. El propio Erhard, arquitecto del «milagro alemán», canciller de la República Federal entre 1963 y 1966 y miembro de la Sociedad Mont Pèlerin, figura una sola vez en el libro, en tanto que intermediario entre las facciones internas en lucha durante el asunto Hunold. Los lectores de este volumen no podrán imaginarse a Erhard como el arquitecto de la deflación en el periodo de la inmediata posguerra, según las consignas ordoliberales; ni imaginar su batalla dentro del CDU para que este abandonara los principios cristiano-socialistas establecidos en el Programa de Ahlen. Las directrices de Dusseldorf que lo reemplazaron, en 1949, defendían una sociedad fundada en «la competencia basada en resultados» en un contexto de mercado garantizado por la ley.

En lo que respecta a los rasgos neoliberales de la Unión Europea, desde sus comisiones jurídicas tecnocráticas, lejos del alcance de la presión democrática, hasta los términos proclives al capital del Tratado de Maastricht, que hizo extensivos los austeros estatutos del Bundesbank a toda la eurozona, no entran en el horizonte que contempla Burgin. Esta omisión tiene como efecto el emborronar la auténtica experiencia histórica del neoliberalismo en la Europa continental, presentándolo en cambio como una receta alternativa y moderada, aún no probada. El neoliberalismo se conceptualiza mejor como una estrategia liberal que en absoluto se opone a la regulación estatal en cuanto tal, sino que más bien consideraría el Estado como un apéndice del capital, capaz de regular la democracia apelando a la racionalidad del mercado. Existen variaciones geográficas en la expresión del neoliberalismo. Pero hoy por hoy Europa sigue siendo la región del capitalismo mundial más proclive a la deflación, en particular por la subida de los tipos de interés del BCE de 2011. Cuando en los últimos años Mario Draghi ha inaugurado una secuencia algo más expansionista, se ha cuidado muy mucho de asegurar a los banqueros centrales que el Banco Central Europeo no se desviará de sus «principios ordoliberales», un sugerente comentario que merece una investigación histórica. Lo mismo puede decirse de la Comisión Europea y de los líderes políticos alemanes contemporáneos, que hasta hoy siguen imponiendo una austeridad directamente culpable de la catastrófica depresión griega.

No se le puede pedir a *The Great Persuasion* que recoja todas estas consecuencias, puesto que expresamente es una historia de «las ideas del libre

mercado», más que de las políticas neoliberales. Pero la amplitud con la que Burgin reprime el neoliberalismo fuera de Estados Unidos (y, especialmente, en su tierra natal europea) es una grave debilidad de este estudio. Fue en Europa donde la Sociedad Mont Pèlerin penetró en los niveles más altos de las instituciones, y entre sus miembros se contaron jefes de Estado europeos, como Erhard o Luigi Einaudi en Italia, en un momento tan temprano como la década de 1950. La Unión Europea, un aparato político novedoso, se reconstruyó y las economías de sus Estados miembros se reestructuraron en el mismo periodo en el que el neoliberalismo cogía impulso. En el contexto europeo, la persuasión en cuestión no es tan reciente como defiende Burgin. Tiene que ver no tanto con un «regreso al *laissez-faire*» como con la solidificación de instituciones reguladoras neoliberales, inmunes a la democracia. Una historia de la relación de estos términos podría haber tenido como resultado un relato más incisivo.